EL PORQUÉ DE LAS COSAS

DE QUIM MONZÓ

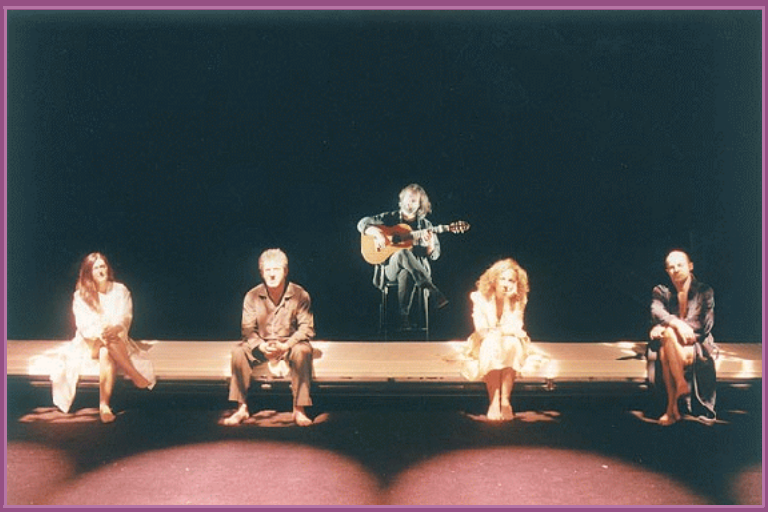
Versión teatral de Fernando Bernués,
basada en la obra de Quim Monzó,
Alicante, BIMICESA-TANTTAKA, 2002.

Tantakka

Quim Monzó

ÍNDICE

- Entre las doce y la una
- La sensatez
- La honestidad
- ¿Por qué las agujas de los relojes giran en el sentido de las agujas de los relojes?
- Con el corazón en la mano
- La fe
- Los celos
- La sumisión
- No tengo qué ponerme
- La inmolación
- Vida matrimonial
- El amor
- La monarquía
- La micología
- La bella durmiente



El porqué de las cosas

Fernando Bernués

ENTRE LAS DOCE Y LA UNA

-¿Dígame?

-Hola. **(Es una voz de mujer.)** Soy yo.

(El hombre endereza el espinazo. Aplasta el cigarrillo contra el cenicero que hay al lado del teléfono. Habla en voz baja.)

-Te he dicho mil veces que no me llames nunca a casa.

-Es que...

-Te he dicho que me llames siempre al despacho.

-¿Puedes hablar?

-Claro que no. Ya te imaginarás.

-¿Dónde está... ella?

-En el dormitorio.

-¿Nos.... te oye?

-No. Pero puede entrar en cualquier momento.

-Perdóname. Lo siento. Pero es que necesitaba llamarte ahora. No podía esperar hasta mañana, en el trabajo.

(Hay una pausa. Es el hombre quien la rompe.)

-¿Por qué?

-Porque esta situación me hace sufrir mucho.

-¿Qué situación?

-La nuestra. ¿Cuál va a ser?

-Pero... A ver si nos entendemos...

-¡No! No. No digas nada. No hace falta. Podría oírte.

-Ahora no me oye. Escucha...

-Creo que ha llegado el momento de tomar una decisión.

-¿Qué decisión?

-¿No te la imaginas?

-No tengo ganas de jugar a las adivinanzas, María.

-Tengo que elegir. Entre tú y él.

-¿Y?

-Y como tú no me puedes dar todo lo que quiero... No nos engañemos: para ti yo nunca seré nada más que... No quieres dejarla ¿verdad? No sé ni por qué te lo pregunto. Ya conozco la respuesta.

-¿Qué es todo ese ruido?

-Te llamo desde una cabina.

-Hemos hablado de esto mil veces. Siempre he sido sincero contigo. Nunca te he escondido cómo estaban las cosas. Tú y yo nos caemos bien, ¿no? Pues...

-Pero yo estoy muy colgada de ti. Tú ya sé que no lo estás nada de mí.

-Siempre te he dicho que no quiero hacerte ningún daño. Nunca te he prometido nada. ¿Alguna vez te he prometido algo?

-No.

-Tienes que ser tú quien decida qué debemos hacer.

-Sí.

-¿Te he dicho o no te he dicho siempre que tienes que ser tú quien decida qué debemos hacer?

-Sí. Por eso te llamo. Porque ya he tomado una decisión.

-Siempre he jugado limpio contigo. **(Se detiene.)**. ¿Qué decisión has tomado?

-He decidido... dejar de verte.

(La mujer lo dice y se echa a llorar. Llora durante un buen rato. Poco a poco los sollozos disminuyen. El hombre aprovecha para hablar.)

-Lo siento. Pero si realmente eso es lo que...

-¿Pero no entiendes que no quiero dejaaar de veerteee?

(Cuando el hombre deja de oír el llanto, habla.)

-María...

-No. **(Se suena.)**. Prefiero que no digas nada.

(De golpe el hombre sube el tono de voz.)

-Hombre, yo más bien elegiría un coche que te asegurase mejor rendimiento.

-¿Qué?

-Sobre todo si tienes que hacer tantos kilómetros. **(Se para un momento.)** Sí. **(Hace otra pausa.)** Sí, ya lo entiendo. Yo, claro, en eso no sé qué aconsejarte. Pero me parece que lo que te convendría sería un coche con mucha más..., con mucha más... Sí, de acuerdo. Pero consume demasiado.

-¿No puedes hablar?

-No, claro.

-¿La tienes cerca?

-Sí.

-¿Enfrente?

-Sí. Pero ese modelo no tiene tanta diferencia de precio con los japoneses. Y los japoneses...

-Tú con tu mujer enfrente y yo aquí, sentada sin saber qué hacer. **(Cada vez más indignada.)** Sin decidirme de una vez y acabar con esta desazón.

-Lo ideal son cuatro puertas. Para vosotros, cuatro puertas.

-¿Ves como no hay otra solución? Así no podemos seguir. No podemos tener ni una conversación civilizada.

-Pero ése gasta unos seis litros y medio.

-Tú hablando de coches, de litros de gasolina, de si cuatro puertas, y yo sin decidirme siquiera a colgar.

-Un momento.

(El hombre ha tapado el auricular con la mano. La mujer oye un diálogo amortiguado.)

Dice que .. **(Vuelve a tapar el auricular con la mano. Vuelve a retirar la mano.)** Dile a Luisa que dice Ana que el pastel le quedó perfecto.

-¿Con quién cree que hablas?

-En fin, ya nos veremos.

-¿Quieres que cuelge o...? Pero antes de colgar dime si mañana nos veremos.

-Sí.

-No tengo remedio. Llamo para decirte que hemos terminado y acabo preguntándote si mañana... ¿Quedamos donde siempre?

-Sí.

-¿A la hora de siempre?

-Exacto.

-Y **(Ahora habla con voz melosa.)** ¿haremos como siempre? Te imagino de rodillas, delante de mí, subiéndome la falda... ¿Me lameras? ¿Me morderás? ¿Me harás mucho daño?

-Síí. **(De golpe vuelve a hablar bajo.)** ¡Hostia, María! Por poco se da cuenta. Ahora está en la cocina, pero en cualquier momento puede volver. ¿Y si me hubiese pedido el teléfono para hablar contigo?

-¿Y por qué tendría que hablar conmigo?

-No quiero decir contigo, quiero decir con quien cree que hablaba yo.

-No hay quien te entienda. Y no hay quien me entienda a mí. No me entiendo ni yo misma. Estoy que me reconcomo, decido terminar y basta que oiga tu voz para que se me esfumen todas las decisiones. Me gustaría mucho estar ahora contigo. Ven. ¿No puedes? Claro que no. No pasa nada. Es que cuando no puedo escucharte, me angustio. ¿Me quieres?

-Claro que sí.

-Más vale que cuelgue. Adiós.

-¿Dónde estás?

-En un bar; ya te lo he dicho.

-No. Me has dicho que estabas en una cabina.

-Y si sabías que estaba en una cabina, ¿para qué me lo vuelves a preguntar?

-Pero no estás en una cabina sino en un bar. Eso es al menos lo que dices ahora.

-Un bar, una cabina: lo mismo da.

-Oh, «lo mismo da», «lo mismo da»...

-Oye: ¡basta!

-Y ahora ¿qué piensas hacer?

-¿Ahora? ¿Quieres decir con lo nuestro?

-No. Quiero decir ahora mismo. ¿Piensas ir al cine? ¿Ya has comido? ¿Tienes guardia?

-Oye: cuelgo.

-Espera un momento.

-Es que...

-A veces, María, pienso que sólo con que quisiéramos, sólo con que nos lo propusiésemos de verdad, podríamos conseguir que todo marchase de otra manera, sin tantas tensiones.

-Vale, pues sí.

-Sí, ¿qué?

-Sí.

-¿Qué te pasa? ¿No puedes hablar? ¿Hay alguien y por eso no puedes hablar?

-Mmm... Sí.

-Has quedado con él en un bar y ya ha llegado. O estaba contigo y ahora se ha acercado al teléfono. ¿Sí o no? ¿O qué?

-Ya te devolveré el libro. Quédate tranquila.

-Ahora me tratas en femenino.

-Bueno, hasta luego. Llámame. Y recuérdame que te devuelva el libro.

-Ah, no. ¡Ahora no cuelgues! Tú me has hecho soportar la angustia de escucharte sin poder contestar más que estupideces y ahora...

-Ése no lo conozco. ¿Qué título dices que tiene?

-Perfecto. Lo estás haciendo muy bien. Ahora dirás el título del libro. ¿O no?

-Ya...

-Muy bien ese «ya». Da verosimilitud, hace real el diálogo con esa chica con la que se supone que hablas.

-¿El amor por la tarde?

-¿Qué es ese título: una indirecta, una invitación?

-Pero mucho mejor que *El amor por la tarde* era *Las cien cruces*. Vaya, al menos para mí.

-Ése, ¿ves?, no lo he leído. ¿También es una novela?

-¿*Las cien cruces* aburrida?

(De repente el hombre vuelve a hablar con voz grave.)

-Hombre, ya te lo he dicho. Consume menos que el otro.

-Pero la protagonista de *El amor por la tarde* es más verosímil.

-¿Y cómo es que una empresa como la Peugeot no tiene previsto un caso así?

-Pero, eso pasaba en *Ahora estamos los dos igual*. ¿Me equivoco?

-En absoluto.

-¿Y entonces?

-Nada. **(Hay una pausa breve.)**

-¿Ves como no hay nada que hacer? Ahora ya puedo hablar de nuevo. **(Vuelve a haber una pausa.)** ¿No dices nada? ¿Se te acabó la charla o quieres dejar el ramo del automóvil y pasar a otro?

-Yo también vuelvo a estar solo.

-Pues adiós.

-Tienes razón. Más vale que nos digamos adiós.

-Antes tengo que decirte algo.

-Di.

-Estoy embarazada. **(Él no responde.)** ¿Me oyes? Estoy embarazada. De ti.

-¿Cómo que de mí? ¿Cómo sabes que es de mí?

-¡Porque desde la última regla sólo me he acostado contigo, imbécil!

-¿Y ese novio que te puede dar todo lo que yo no puedo darte? ¿Resulta que no...? Perdona. ¿Qué piensas hacer?

-¿Cómo que qué pienso hacer? ¿Es que tú no tienes nada que decir?

-¿Yo? No.

-Por fin. Por fin veo bien claro cómo eres. Por fin me doy cuenta de que, si alguna vez me encontrase en esa situación, te desentenderías totalmente.

-¿Qué quiere decir «si alguna vez me encontrase»?,

-Quiere decir que, evidentemente, no estoy embarazada. ¿Te crees que soy tonta? Se me ha ocurrido de golpe, para ver cómo reaccionarías en una situación así. ¿Acaso crees que si de veras hubiese estado embarazada te habría pedido opinión sobre lo que tenía o no tenía que hacer?

(La voz de él suena irritada.)

-¡Oye, María...!

(La mujer lo desafía.)

-¿Qué? ¿Qué tengo que oír?

-¡Sabes que no tolero que me hables en ese tono, ni que me torees!

-Ah, ¿no?

-Te partiré la cara.

-Ah, ¿sí?

-Te hincharé los morros a puñetazos.

-Sí...

-Hasta que chilles.

-Sí...

-Te ataré a las patas de la cama.

-Sí, sí...

-Te escupiré en la boca.

-¡Sí!

-Y te daré de bofetadas hasta que sangres.

-¡Sí! ¡Sí!

-Y te obligaré a...

-¿A qué? ¿A qué?

-Te obligaré...

-¿A qué?

-Te llenaré la boca. Y te obligaré a tragártelo todo: no dejarás caer ni una gota.

-Ni una.

(La mujer respira agitadamente. El hombre está excitado.)

-¡Ni una, he dicho! Lámete esa que te resbala por el labio de abajo.

-«Guarra», dime «guarra».

-Guarra. Arrodíllate y abre la boca.

(La mujer resopla.)

-Basta. Tengo que decírtelo pase lo que pase. No tiene sentido hacerlo durar más. **(Calla un momento, como para tomar impulso.)** Escúchame: no soy María.

-¿Qué quiere decir que no eres María?

-Que no soy María: eso quiere decir. María está... María me ha pedido que te llamara y que te hablase como si fuera ella.

-Me estás tomando el pelo.

-Ha tenido que irse. Y quería que...

-¿Irse adónde?

-Fuera de la ciudad. Quería que creyeras que estaba aquí y no... Es que... No puedo seguir fingiendo. Mira: María y yo nos conocemos del trabajo. Yo también soy enfermera. Me ha pedido que te llamara y me lo montase de manera que nos peleásemos. Porque mañana teníais que veros y ella todavía no habrá vuelto. ¿Me oyes?

-¿Dónde está?

-Se ha ido una semana. Con un novio.

-¿Con quién?

-Con Jaime.

-¿Con Jaime?

-Sí.

-¿Con qué Jaime?

-Jaime Ibarra.

-Oye, pero si Jaime Ibarra soy yo. ¿Con quién creías que estabas hablando? ¿A qué número has llamado?

-¿Tú eres Jaime?

-Sí.

-Hostia.

-¿Con quién pensabas que estabas hablando?

-Con Juan.

-¿Con Juan? O sea que María y Juan...

-Ahora me doy cuenta, he confundido los números.

-¿Y cómo es que tienes mi número de teléfono?

-Es que María me apuntó los dos, uno justo encima del otro, y me he equivocado; he marcado uno en vez del otro.

-¿Por qué te apuntó mi número si a mí no tenías que llamarme? ¿O también me tenías que llamar? Pero si has dicho que pensabas que se había ido conmigo...

-Si te lo explicase no me creerías.

-Dime una cosa, ee... ¿Cómo te llamas?

-Carmen.

-Carmen, dime una...

(La mujer lo interrumpe.)

-Un momento. ¿De verdad eres Jaime? Pero si Jaime no vive con nadie ¡El que vive con su mujer es Juan! ¿Por qué me has dicho que tenías a tu mujer enfrente?

-Tú tampoco eres la verdad personificada.

-Si te creías que estabas hablando con María, ¿por qué querías hacerme creer que vivías con una mujer?

-Es que con María a veces, últimamente no mucho, por cierto, pero a veces, hacemos cosas así. Como juegos.

-No me lo había dicho nunca.

-¿Por qué te lo iba a decir? ¿Es que os lo contáis todo?

-Casi.

-Ah, ¿sí? ¿Y qué te dice de mí?

-Uf.

-¿Qué quiere decir ese «uf»?

-Quiere decir que lo interesante me lo cuenta todo.

-¿Con pelos y señales?

-Con pelos, señales y lo que haga falta.

-¿Dónde estás?

-En un bar, ya te lo he dicho.

-También me has dicho que estabas en una cabina.

-¡Y dale con la cabina!

-¿Qué haces ahora?

-Ya me lo has preguntado antes.

-Cuando eras María. Ahora que eres Carmen, puede que tengas que hacer otra cosa. Además, cuando eras María tampoco me has contestado la pregunta. **(Se muerde un labio.)** ¿Por qué no nos vemos?

-¿Cuándo?

-¿Hoy?

-Tendrá que ser por la noche. Por la tarde trabajo.

-Por la noche, pues.

-¿Dónde?

-¿En el bar de la Estación?

-De acuerdo.

-¿A las ocho?

-A las ocho salgo. Quedamos a las ocho y media.

-¿Cómo te reconoceré?

-Llevaré una chaqueta de piel, la que le regalaste un mes antes... Llevaré la chaqueta de piel.

-Un mes antes ¿de qué?

(La mujer calla.)

La chaqueta: se la regalé un mes antes ¿de qué?

-Jaime, tengo que decírtelo. Si no voy a reventar.

-Dímelo pues.

-María está muerta. La chaqueta se la regalaste un mes antes de que se muriese. Escucha... No tendría que... Yo sabía cómo os queríais. Y cuando se murió decidí...

-Me parece una broma de muy mal gusto

-Encontrémonos y hablemos. A las ocho y media, ¿vale? O si quieres pido permiso…

-La vi la semana pasada.

-Hace cinco meses que está muerta.

-Estos últimos cinco meses la he visto muchas veces. La semana pasada estuve con ella. Y estaba bien viva, guapa a más no poder. No era ningún fantasma.

-Hace cinco meses que sales con una María que no es María.

-Y según tú, ¿quién ha hecho de María todo este tiempo?

-Yo.

-Me habría dado cuenta.

-Te estoy diciendo la verdad.

-Si fuese verdad, ¿por qué habrías decidido que mañana no querías venir a la cita?

-Estoy harta de hacer de María.

-Sin embargo ahora has aceptado que nos veamos.

-Porque ahora estoy haciendo de Carmen, no de María. Jaime, por favor, te lo explicaré después.

-¿Y cómo no te has dado cuenta de que yo no era Juan sino Jaime?

-¿Te crees que no sabía a quién llamaba? Claro que eres Jaime. Te conozco perfectamente. Te he tenido de novio durante cinco meses. Y cinco meses dan para mucho. Incluso para saber que... **(La voz de la mujer se quiebra.)** que me he enamorado de ti como una imbécil. Y quiero acabar con esta farsa.

-No me creo nada de todo esto. ¿Cómo habrías podido hacer, todas las veces que nos hemos visto, que tú dices que nos hemos visto, para que no notase que no eras María?

-Piensa que doy clases de teatro.

-¡Por mucho teatro que hagas! ¿Cómo quieres hacerme creer que no me habría dado cuenta de la diferencia? Lo único que me faltaría es que me salieras con el cuento de la gem... Oye, pero María tiene, tenía, una hermana gemela.

-Soy yo.

-No la he visto nunca.

-Ya lo creo que la has visto. Quiero decir: ¡ya lo creo que me has visto! Desde hace cinco meses, un par de veces por semana. Algunas semanas una sola vez; justamente de eso tendríamos que hablar. Porque yo te quiero ver más, a menudo. ¿Quedamos como hemos quedado? ¿A las ocho y media?

-¿De verdad te llamas Carmen?

-A las ocho y media, ¿de acuerdo?

-Sí.

-Te quiero mucho. Si alguna vez dejara de quererte me moriría.

LA SENSATEZ

Soy una mujer juiciosa y cada vez que me acuesto con alguien le cuento a mi marido que lo he hecho no por un ataque circunstancial de lubricidad, sino porque me he enamorado. No es que tenga que sentirme culpable, al respecto mi marido y yo tenemos un pacto de lo más claro y elástico, pero si cuando me acuesto con alguien remarco que lo hago enamorada, no sé, es como si me sintiese más limpia. En cambio, cada vez que mi marido se enrolla con alguien, considero que lo hace por pura lubricidad, y eso me irrita. No es que me ponga celosa. No. No soy celosa en absoluto. Simplemente me molesta que mi marido sea tan vulgar, tan carnal. Mi marido sí que se pone celoso cuando sabe que me acuesto con otro. Pero son celos comprensibles porque yo me enamoro. Y si la persona con la cual, más o menos elástico, tienes un pacto de convivencia se enamora de otro, es lógico tener celos.

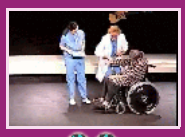
¿Qué que escala aplico para decidir que mis asuntos de cama son producto del amor y los de mi marido de la lujuria? Mi marido dice que una escala muy sencilla: que yo soy yo misma y por lo tanto me lo justifico todo y que él no sólo no es yo, sino que además es hombre, con la carga histórica que eso comporta. Yo lo niego. Aunque los años me han enseñado que, en general, hombres y mujeres nos comportamos de manera diferente, no lo digo. Es una creencia sobre la cual tengo cada vez menos dudas, la verdad, pero es generalizadora. Y siempre hay excepciones…

Aunque, tenéis que reconocer que la frase hecha que asegura que todos los hombres sois iguales, aun siendo tópica y por lo tanto repugnante es, cuando menos, parcialmente cierta. Quizá no todos, pero la inmensa mayoría de los hombres sí que sois iguales. Soy una mujer juiciosa y sé de qué hablo. Me he enamorado de muchos, y todos, indefectiblemente y por mucho que lo adornéis, en el fondo, ligáis conmigo llevados por la lubricidad. Lubricidad a la cual, tengo que reconocerlo, cedo a menudo…, muy a menudo… Desde muy pequeña he sido terriblemente enamoradiza y el amor me embriaga de tal manera que en cuanto un hombre me pasa el brazo por los hombros, me besa el lóbulo de la oreja y me pone la mano entre las piernas, por más que abra la boca para decir que no, nunca me sale el no y siempre….

(Da a entender que sucumbe. A su marido que durante todo el monólogo ha estado al lado intentando hablar y resignándose a hacerlo.)

No le dejas a una ni hablar tranquila y date prisa que vas a perder el avión.

LA HONESTIDAD



-Enfermera jefe, el paciente de la habitación 93 ha muerto. **(La enfermera jefe mira el reloj.)**

-¿En serio María?

-Para estar de broma lo hace muy bien: No mueve ni un párpado y no tiene pulso. Y, por cierto, soy Carmen.

-Perdona, nunca acierto. Es que no me va nada bien que se haya muerto un paciente en este momento. Me falta un cuarto de hora para terminar, y hoy más que nunca me interesa salir rápido. Aprovechando que mi marido está en Roma el novio de mi mejor amiga me ha pedido que nos veamos.

-Ya, para hablar de su amiga. ¿No?

-Sí. Aunque, por las confesiones de mi amiga, sé que es un hombre que no se anda por las ramas y que, precisamente, hablar es lo que menos le interesa en el mundo. No tengo la menor duda de que si me ha invitado a cenar en su casa es para echar un polvo, encima de la mesa mismo, entre las velas y los platos de espaguetis. Mi amiga dice que, casi siempre, prepara espaguetis para cenar.

-Romántico.

-Verdad que sí. Por eso, si se sabe que el enfermo de la 93 se ha muerto, quiera o no, tendré que quedárme un rato más, aunque ya haya llegado el turno siguiente. Empieza justo dentro de un cuarto de hora. Los muertos traen un papeleo…

-Ya, ¿y?

-Y eso significa llegar tarde a la cita.

-Puede llamar al novio de su amiga, explicarle lo que le pasa y proponerle que se vean más tarde, u otro día.

-La experiencia me ha enseñado que los aplazamientos de las primeras citas suelen ser fatídicos. Cuando una cita se aplaza por un motivo, la vez siguiente se aplaza por otro. Y, hoy por una cosa y mañana por otra...

-Pues a mí no se me ocurre nada…

-Sí mujer, podrías hacer como que no te has dado cuenta… lo descubrirá una de las enfermeras del próximo turno, y de los trámites se encargará la siguiente enfermera jefe.

-Podría, pero no me parece ético.

-María. A los...

-Carmen.

-Carmen a los del próximo turno lo mismo les da. Apenas habrán empezado a trabajar y un muerto más o menos no les va desbaratar la jornada.

-¿Por qué no le pide el favor a la enfermera jefe del próximo turno?

-Odio mutuo a primera vista. **(Gesto de qué le vamos a hacer.)**

-Oye, Mari, Carmen, esa especie de devoción a la ética es de principiantes.

-Tengo que acabar el recorrido.

-Por favor, Car-Mar-Ca. ¡María del Carmen!, ha sido un día terrible y tengo unas ganas locas de acabar, ir a su casa y abandonarme.

-Pues lo tienes negro Cenicienta. **(Sale.)**

-Sí, hermanastra.

(La enfermera jefe vuelve a mirar el reloj. Está cada vez más nerviosa. Justo en el peor momento, cuando la preocupación está a punto de impedirle encontrar una salida, ve la solución entrando por la puerta: el médico nuevo, que trabaja en el hospital desde hace poco y siempre le sonríe, con una sonrisa entre insinuante e interrogativa. Es la única posibilidad.)

Doctor Ibarra, ¿puedo pedirle un favor?

-Desde luego, si está en mi mano…

-Tengo un compromiso ineludible y el paciente de la 93 acaba de fallecer…

-Siempre se mueren en el momento más inoportuno…

-¡Desde luego! Si me hiciera usted el favor de encargarse del muerto.

-No se preocupe y vayase tranquila: yo me encargo de todo.

-Gracias doctor…

-Por favor, llámame Jaime.

-Es usted…, eres muy amable.

(La enfermera jefe se aleja por el pasillo y, antes de entrar en el vestuario, se vuelve por última vez para mirarlo y comprobar que, efectivamente, él también la ha estado mirando; la mira aún, se sonríen y ella retrocede hasta al lado del doctor. Saca un teléfono móvil y marca.)

…Sí, soy yo, verás ha surgido una complicación en el hospital y no va a poder ser… Lo siento… **(Cuelga.)** ¿Nos quitamos, de una vez por todas, el muerto de encima Jaime?

(Salen.)

¿POR QUÉ LAS AGUJAS DE LOS RELOJES GIRAN EN EL SENTIDO DE LAS AGUJAS DE LOS RELOJES?

Se le acerca un hombre, de apariencia angustiada.

-Tengo que hablar con usted. ¿Puedo sentarme?

-Siéntese.

-No sé por dónde empezar.

-Por el principio.

-El mes pasado seduje a su mujer.

-¿A mi mujer?

-Sí.

(El hombre tarda cuatro segundos en contestar.)

-¿Por qué viene a contármelo?

-Porque desde ese día no vivo.

-¿Por qué? ¿La quiere tanto que quiere vivir con ella? ¿Ella no lo quiere y eso lo angustia?

-No.

-¿Será remordimiento, quizá?

-No. Lo que pasa es que no me deja vivir. Me persigue en el trabajo. Me llama a todas horas. Y si no contesto viene a mi casa. Y si no estoy me busca por todas partes. Dice que no puede vivir sin mí.

-¿Y?

-He perdido la tranquilidad. Desde que la conocí no he podido quitármela de encima un solo día. ¿Usted no ha notado nada?

-¿Cuándo la conoció?

-Hace un mes y medio. Usted estaba en Roma.

-¿Usted cómo sabe que yo estaba en Roma?

-Me lo dijo ella, cuando la conocí. ¿No me cree? Me esta esperando tenemos una cita.

-Bueno, ¿y qué quiere?

-Que me ayude a zafarme de ella. No es que su mujer no me guste. Es extraordinaria, inteligente, sensual. ¿Qué voy a decirle? Pero...

-Es muy absorbente.

-¿Verdad que sí? **(Dice**, **contento**, **al ver que el hombre lo comprende**.**)**

-Tiene ganas de quitársela de encima.

-Francamente, sí.

-No lo deja en paz ni un momento, ¿no? Si lo ve solo, fumando, tomando el fresco, leyendo el diario, estudiando, mirando el programa de televisión que más le gusta, inmediatamente se le echa encima y empieza a hacerle carantoñas.

-Además, si no estás absolutamente pendiente de ella cree que molesta y se pone de esa manera que se pone. Por eso, aunque sé que no tengo ningún derecho, quiero pedirle un favor: Hable con ella, móntele una escena de celos, amenácela. Lo que sea. Cualquier cosa con tal de que no nos veamos más.

-¿De verdad se la quiere quitar de encima?

-Sí, por favor.

-Nada más fácil. Haga como yo. Deje de rehuirla, no se esconda, sea amable, tierno, considerado. Hágale más caso que ella a usted. Llámela, dígale que la quiere como no ha querido nunca a nadie. Prométale que le dedicará la vida entera. Cásense.

-Si ya me voy a casar, pero con mi novia.

CON EL CORAZÓN EN LA MANO

Deciden librarse de los líos más o menos amorosos que cada uno tenía hasta ahora, ya me las pagará, y se casan en fin de año, justo a medianoche, mientras en la ciudad la gente se abraza, en las casas, en las calles, en las salas de fiesta. Para los dos se acaba la época de amistad y comienza el matrimonio. ¿Tendrán hijos? Lo decidirán más adelante; ahora la emoción es demasiado fuerte. Se miran uno en los ojos del otro y se juran amor y fidelidad eternos. Se prometen también ser completamente sinceros el uno con el otro; no mentirse nunca.

-Seremos completamente sinceros el uno con el otro. No nos mentiremos nunca, bajo ningún concepto ni con ninguna excusa.

-Una sola mentira sería la muerte de nuestro amor.

(Estas promesas los emocionan todavía más. A las cinco de la mañana se duermen en el sofá, cansados, uno en brazos del otro. Se levantan al mediodía, con resaca.)

-¿Vamos a comer? **(Dice él.)**

-Sí. Por mí poca cosa. Con un par de tapas me basta. Pero tú debes de tener mucha hambre.

(Él está a punto de decir que no, que cualquier cosa le va bien, pero recuerda la promesa.)

-Sí. Tengo hambre. Pero me conformo con unas tapas. Tú comes un par y yo como más.

-No. Tú debes querer sentarte a una mesa. ¿No prefieres que vayamos a un restaurante?

(Han prometido ser completamente sinceros uno con otro. Por tanto no puede decirle lo que le habría dicho: que ya le va bien tomar unas tapas en un bar. Ahora tiene que reconocer que realmente prefiere ir a un restaurante y sentarse a una mesa.)

-Sinceramente, prefiero ir a un restaurante.

-Pues, vamos. ¿Vamos a aquel japonés que estuvimos la semana pasada y que te gustó tanto?

(La semana pasada todavía no se habían prometido ser completamente sinceros el uno con el otro. Además, él nunca dijo que el restaurante japonés le hubiese gustado. Su frase no expresaba el entusiasmo que ahora ella pone en su boca.)

-Te dije que me había parecido bien, no que me hubiese gustado.

-Es decir: no te gustó.

(Tiene que confesárselo.)

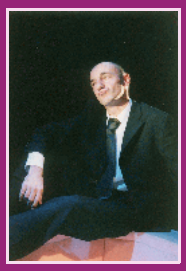
-Sinceramente, odio la comida japonesa.

(Ella lo mira a los ojos, ceñuda.)

-Sabes que a mí me gusta mucho.

-Lo sé.

(Duda si la promesa lo exige o no, pero como prefiere traicionarla por exceso que por defecto declara el resto de lo que piensa.)



-Precisamente una de las cosas que más me disgustan de ti es esa afición a ir siempre a esos restaurantes que sustituyen la buena cocina por las relaciones públicas. Es una actitud que tu consideras esnob pero, en el fondo, no es más que hortera y chabacana.

-Sinceramente, eres un imbécil.

-No me siento nada imbécil y estoy convencido de que, si hubiese que demostrar quién posee un cerebro más potente, el tuyo, sinceramente, no saldría ganador.

-Un imbécil, un imbécil crónico, para toda la vida. No quiero volver a verte nunca más.

-Estoy de acuerdo.

LA FE

-Quizá es que no me quieres.

-Te quiero.

-¿Cómo lo sabes?

-No lo sé. Lo siento. Lo noto.

-¿Cómo puedes estar seguro de que lo que notas es que me quieres y no otra cosa?

-Te quiero porque eres diferente de todas las mujeres que he conocido en mi vida. Te quiero como nunca he querido a nadie, y como nunca podré querer. Te quiero más que a mí mismo. Por ti daría la vida, me dejaría despellejar vivo, permitiría que jugasen con mis ojos como si fuesen canicas. Que me tirasen a un mar de salfumán. Te quiero. Quiero cada pliegue de tu cuerpo. Me basta mirarte a los ojos para ser feliz. En tus pupilas me veo yo, pequeñito

(Ella mueve la cabeza, inquieta.)

-¿Lo dices de verdad? Oh, si supieses que me quieres de veras, que te puedo creer, que no te engañas sin saberlo y por lo tanto me engañas a mí... ¿De verdad me quieres?

-Sí. Te quiero como nadie ha sido capaz de querer nunca. Te querría aunque me rechazaras, aunque no quisieras ni verme. Te querría en silencio, a escondidas. Esperaría que salieses del trabajo nada más que para verte de lejos. ¿Cómo es posible que dudes de que te quiero?

-¿Cómo quieres que no dude? ¿Qué prueba real tengo de que me quieres? Sí, tú dices que me quieres. Pero son palabras, y las palabras son convenciones. Yo sé que a ti te quiero mucho. Pero, ¿cómo puedo tener la certeza de que tú me quieres a mí?

-Mirándome a los ojos. ¿No eres capaz de leer en ellos que te quiero de verdad? Mírame a los ojos. ¿Crees que podrían engañarte? Me decepcionas.

-¿Te decepciono? No será mucho lo que me quieres si te decepcionas por tan poco. ¿Y todavía me preguntas por qué dudo de tu amor?

(El hombre la mira a los ojos y le coge las manos.)

-Te quiero. ¿Me oyes bien? Te quiero.

-Oh, «te quiero», «te quiero»... Es muy fácil decir «te quiero».

-¿Qué quieres que haga? ¿Que me mate para demostrártelo?

-No seas melodramático. No me gusta nada ese tono. Pierdes la paciencia enseguida. Si me quisieras de verdad no la perderías tan fácilmente.

-Yo no pierdo nada. Sólo te pregunto una cosa: ¿qué te demostraría que te quiero?

-No soy yo la que tiene que decirlo. Tiene que salir de ti. Las cosas no son tan fáciles como parecen. **(Hace una pausa. Contempla a Jaime y suspira.)** A lo mejor tendría que creerte.

-¡Pues, claro que tienes que creerme!

-Pero, ¿por qué? ¿Qué me asegura que no me engañas o, incluso, que tú mismo estás convencido de que me quieres pero en el fondo, sin tú saberlo, no me quieres de verdad? Puede ser que te equivoques. No creo que vayas con mala fe. Creo que cuando dices que me quieres es porque lo crees. Pero ¿y si te equivocas? ¿Y si lo que sientes por mí no es amor sino afecto, o algo parecido? ¿Cómo sabes que es amor de verdad?

-Me aturdes.

-Perdona.

-Yo lo único que sé es que te quiero y tú me desconciertas con preguntas. Me hartas.

-Quizá es que no me quieres.

LOS CELOS

Ella se ha dormido, con la cabeza sobre el pubis del hombre, que no para de pensar.

-«Me gusta mucho tu polla. Me gusta mucho tu polla. Me gusta mucho tu polla...» ¿Por qué siempre me dice lo mismo? Desde que nos conocimos, ¿cuántas veces me lo habrá dicho?

Innumerables.

Nunca me ha dicho que le gusta mucho mi brazo derecho, o los omóplatos, que va... Siempre lo mismo: la polla: **(Imitándola.)** «Me gusta mucho tu polla»; «Tienes una polla preciosa»; «Me gusta muu…».

(Ella pone la mano sobre su polla.)

¡Joder, otra vez! Dormida y todo, todavía se aferra a ella. ¡Qué manía con la polla! ¿Es que de mí, sólo le gusta la polla? Y yo, ¿no le gusto? Eso no me lo dice nunca.

Al principio tenía gracia esa veneración. Era tierna y excitante. Como cuando yo le decía: Me encanta estar dentro de tu coño.

Pero poco a poco la cosa ha ido cobrando un cariz obsesivo: "Muuucho, muuuuucho".

(El hombre despierta a la mujer violentamente.)

-¿Qué haces?

-Oye, si no tuviese polla, ¿me querrías igual?

-¿Qué te pasa?

-¿Qué quieres que me pase? No hablas de nada más que de mi polla.

- De tu polla.

- Si, a mí nunca me dices si te gusto.

- Tu te has vuelto loco.

-Loco no. Pero yo también existo. ¿No te parece?

LA SUMISIÓN

Tengo las cosas muy claras. Busco, y buscaré hasta que lo encuentre, un hombre de verdad, que vaya al grano, que no pierda el tiempo en detalles galantes, en gentilezas inútiles. Quiero un hombre que no preste atención a lo que yo pueda contarle, pongamos, en la mesa, mientras comemos. No soporto a los que intentan hacerse los comprensivos y dicen que quieren compartir mis problemas. Quiero un hombre que no se preocupe por mis sentimientos. Ni de púber soportaba a los pipiolos que se pasaban el día hablándome de amor. ¡De amor! Quiero un hombre que nunca me hable de amor, que no me diga nunca que me quiere. Me resulta patético, un hombre con los ojos enamorados y diciendo: «Te quiero.» Ya se lo diré yo, y se lo diré a menudo, porque lo querré de veras y cuando se lo diga recibiré, complacida la mirada de compasión que él me dirigirá. Ésa es la clase de hombre que quiero. Un hombre que en la cama me use a su antojo. Sin preocuparse por mí, porque mi placer será el que él obtenga. No hay nada que me saque más de quicio que esos hombres que, en un momento u otro de la cópula, se interesan por si has llegado o no al orgasmo. Eso sí: tiene que ser un hombre inteligente, que tenga éxito, con una vida propia e intensa. Que viaje y que tenga otras mujeres. A mí no me importa, porque ese hombre sabrá que, con un simple silbido, siempre me tendrá a sus pies para lo que quiera mandar. Porque quiero que me mande. Quiero un hombre que me meta en cintura, que me domine. Que cuando le dé la gana me manosee sin miramientos delante de todo el mundo. Y que, si por esas cosas de la vida tengo un acceso de pudor, me estampe una bofetada sin importarle que nos estén mirando. Quiero que también me pegue en casa, en parte porque me gusta, disfruto como una loca cuando me pegan, y en parte porque estoy convencida de que con toda esta oferta no podrá prescindir jamás de mí.

(Aparece un hombre con un helado y un periódico en la mano.)

-¿Carmen? Rafa. Buena idea lo del helado. Nunca he tenido una cita así pero es que tu anuncio era bestial… «Quiero que también, me pegue en casa…». Me gusta tu sentido del humor.

-Si, no sé por qué lo de cariñosa, romántica, tierna… no llama la atención.

-¿Cenamos? Sabes me recuerdas a alguien que cono…

-María… No es la primera vez que me lo dicen.

NO TENGO QUÉ PONERME

-Se me ha hecho tarde ¡mama!

¿Qué camisa me pongo? ¿La blanca?

No. El blanco me engorda. Las que mejor me quedan son la gris y la negra.

¡Pero es que estoy harto de ponerme siempre la gris y la negra!

Aunque si elijo cualquiera de las dos, podría ponerme los pantalones grises... ¿eh?..., O los vaqueros teñidos de negro, ¡qué buena idea!

¿Cómo vendrá ella? ¿Con un vestido ostentoso o se presentará de una forma más sencilla?

Es que si viniese vestida de sport, yo, con los vaqueros teñidos de negro y la camisa gris o la negra, quedaría bien.

¡Mierda! ¡Y la camisa arrugada! Porque ésa es otra: ¿Me pongo la americana gris o la de cuadros? ¿La gris? Es que si elijo la camisa negra, la americana a cuadros rompería un poco la seriedad de la camisa y los pantalones, ¿no te parece, mama?

Claro que también una corbata puede suavizar la austeridad gris-negra de la camisa y los pantalones. ¿Cuál me pongo? ¿Una lisa, una a rayas? ¡Es verdad, una a cuadros! No, no, con la americana también a cuadros, va a quedar un poco chabacana.

¿Ah, que era broma? ¡Oye o no! Tal vez la superposición de cuadros y cuadros produzca un efecto interesante, precisamente por lo brutal.

También puedo no ponerme corbata. ¿verdad, mama? Pero si no me la pongo y ella se presenta muy bien vestida, voy a quedar como un pelagatos.

¿Y si me pongo los pantalones de lino?

Americana a cuadros,

camisa gris,

corbata a cuadros,

y pantalones de lino.

¿Y los zapatos?

¡Oye, no me agobies!

¿Y si ella se presenta con un vestido de un color parecido al de mis pantalones, parecido, pero no exactamente igual, que es cuando peor quedan estas combinaciones?

¡Mama, hazme un poco de caso!

¿Cómo coño vendrá vestida ella? No me ha dicho a qué clase de fiesta íbamos. Bueno, la verdad es que no me ha dicho nada, estaba tan rara... Incluso cuando le he preguntado si estaba constipada, me ha contestado con una evasiva y ha colgado.

Lo mejor que puedo hacer es no jugar con los cuadros, no vaya a ser que ella también se vista de cuadros y parezcamos dos payasos. ¿Qué haces, mama? Tú crees que la americana gris, ¿no mama?

Pero es que si me pongo americana gris, camisa gris, y pantalones de lino y ella le da por ponerse vaqueros, jersey y gabardina, yo voy a parecer un meapilas.

Si la viese llegar, podría decidirme en el último momento. ¿Pero, es que es tan importante que su ropa y la mía vayan a juego, mama? Incluso puede tener cierta gracia que yo vista de una manera y ella de otra, ¿no te parece? ¡Mama!

Ya sé, ya sé, lo que tengo que hacer, en vez de romperme la cabeza con tonterías es ponerme lo que creo que me sienta mejor. ¿Y qué coño me sienta mejor, mama? ¡Mama!

¡Joder, María, me has dado un susto de muerte!

No me digas que vamos a una fiesta de disfraces...

No.

LA INMOLACIÓN

Marido y mujer contemplan la silueta de la torre. La mujer se siente especialmente tierna y abraza al marido.

-Tenía muchas ganas de hacer este viaje.

(Se besan. El marido acaricia el pelo de la mujer. Vuelven a mirar la torre.)

-¿A qué hora tenemos que estar en Florencia? **(Dice la mujer.)**

-Por la noche. ¿Tienes hambre? ¿Comemos en algún sitio por aquí?

-Sí. Pero primero subamos a la torre.

-¿A la torre? Ni hablar.

-¿Cómo que no? A ver si hemos venido a Pisa y nos vamos a ir sin subir a la torre.

-Pues claro que no. Lo que es yo, no subo.

-¿Por qué no?

-Porque no es segura. No me haría ninguna gracia que se cayera justo cuando subimos nosotros a hacer la visita turística.

-¿Cómo se va a caer? Hace siglos que se aguanta así. ¿No pensarás que se va a derrumbar precisamente cuando subimos nosotros?

-Hace siglos que está inclinada. Pero no es verdad que haga siglos que está tan inclinada. Lo está cada vez más. Y algún día se va a derrumbar. Todo el mundo dirá: «Ya ves, ha sido hoy, ¿quién iba a decirlo?» Pero yo no quiero estar dentro el día que pase.

-¿No ves que la han tenido cerrada durante años hasta que se han asegurado de que no pasaba nada, hasta que un comité de geólogos, arquitectos y no sé qué más ha decidido que no había peligro?

-Precisamente, que la hayan tenido cerrada tantos años quiere decir que es peligrosa. Cuando se caiga dejará de haber peligro. Ya no podrá subir nadie. El problema es mientras no se cae. Además, lo único que han hecho es fajarla con unos anillos de acero, anclarla a una plataforma de cemento y ponerle un contrapeso de plomo. El hecho de que sólo pueda subir un número determinado y reducido de personas por turno confirma que no lo han solucionado.

-No. Lo que confirma es que han tomado las medidas de seguridad necesarias. Ahora ya no puede pasar nada. Me dejas de piedra. ¿De verdad no quieres subir? ¿Hemos venido a Pisa y no vas a subir a la torre conmigo?

-Es un riesgo innecesario.

-Todo es un riesgo innecesario. Subir a un avión. Ir en coche. Fumar. Incluso quedarse en casa. Puede ser que la vecina de abajo no haya apagado bien el gas, que alguien encienda una cerilla y estalle todo el edificio.

-Eres una pelma.

-Yo subo. Si quieres, me esperas aquí.

(El viento sopla de manera pavorosa. El pañuelo que la mujer lleva al cuello se le pega a la cara. Lo aparta con una mano; mira al marido con rictus ofendido. El marido comprende que negarse sería abrir la primera grieta en el muro que los une, un muro que han ido construyendo a fuerza de años. Porque haría cualquier cosa porque el muro no se agrietase, acepta.)

-Venga, vamos.

(La mujer sonríe, lo abraza por la cintura, van hacia la torre, empiezan a subir y no tiene tiempo ni de darse cuenta de esa prueba de amor.)

VIDA MATRIMONIAL

En el hotel, les dan una habitación con dos camas individuales.

-¿Juntamos las camas?

-Bah, por una noche…

(Cada uno se mete en su cama y coge un libro. Pocos minutos más tarde oyen que en la habitación de al lado están follando. Oyen claramente el chirrido del somier, los gemidos de la mujer y, más bajo, los bufidos del hombre. Se miran, sonríen, hacen algún comentario chistoso, se desean buenas noches y apagan la luz. Él, caliente por la follada que sigue oyendo a través de la pared, piensa en decirle algo a ella. A lo mejor ella se ha puesto tan caliente como él. Podría acercársela, sentarse en la cama, bromear sobre los vecinos y, como quien no quiere la cosa, acariciarle el pelo, la cara y a continuación los pechos. Muy probablemente, ella se apuntaría enseguida. Pero:)

-¿Y si no se apunta? ¿Y si me retira la mano y chasca la lengua? O, peor todavía, me dice: «No tengo ganas.»

(Hace años no habría dudado. Habría sabido, justo antes de apagar la luz, si ella tenía ganas, si los gemidos de la habitación de al lado la habían encendido o no. Pero ahora, con tantos años de telarañas encima, nada está claro. Se vuelve de lado y se masturba procurando no hacer ruido. Diez minutos después de que haya acabado.)

-¿Estás dormido?

-Todavía no.

(Ella se levanta y va a la cama de él. Aparta las sábanas, se tiende y empieza a acariciarle la espalda. La mano baja desde la espalda hasta las nalgas.)

-No tengo ganas.

(Ella deja de acariciarlo, hay un silencio breve, larguísimo, y se vuelve a su cama. Él oye cómo aparta las sábanas, cómo se mete dentro, cómo se revuelve. A cada revuelta, se le multiplican los remordimientos por haberse masturbado sin haber intentado antes saber si ella querría follar. Además, se siente culpable de no haberle dicho la verdad.)

-¿Tan poca confianza tenemos?, ¿tan extraños somos ya el uno para el otro, que ni eso puedo decirle?

(Precisamente para demostrar que no son del todo extraños, que aún hay una chispa de confianza, que quizá puede reavivar la hoguera, reúne coraje, se vuelve hacia ella y:)

-Hace unos minutos me he masturbado porque pensaba que no tendrías ganas de follar. Por eso te he dicho que no tenía ganas.

(Minutos después, por los sonidos disimulados que le llegan, supone que ella se está masturbando. Siente una tristeza inmensa, piensa que la vida es grotesca e injusta. Grita con un grito que es el gemido final que ella se muerde.)

EL AMOR

-Mi primer amor era enfermera. Una mujer morena, guapa... con rasgos faciales graciosos y vivos; inteligente, divertida y tenía lo que la gente llama carácter.

-Fue mi primer amor, era futbolista. Un hombre moreno, guapo... con rasgos faciales graciosos y vivos, inteligente, divertido... Y tenía lo que la gente llama carácter.

-La enfermera me trataba con desdén. Se mostraba seca, displicente.

-De vez en cuando, cuando me llamaba, siempre era él quien me llamaba, yo a él no le llamaba nunca. Aunque no tuviera nada que hacer le decía que no podía quedar con él.

-Me daba a entender que tenía otros amantes.

-Lo hacía para que el futbolista no se creyera con ningún derecho.

-Yo creo que la enfermera me trataba con desdén porque en el fondo me quería mucho.

-Pensaba que, si no lo trataba con desdén caería en la trampa y me enamoraría de él tanto como él lo estaba de mí. Cada vez que yo decidía que nos acostábamos... ¡el futbolista se ponía tan contento que lloraba!

-¡Lloraba de alegría! Como con ninguna otra mujer. ¿Por qué? Pues no lo sé; pero, creo que el desprecio con el que me trataba no era el factor decisivo. No... Yo sabía que ella me quería y que si fingía dureza era para no caer en la trampa… para no enamorarse de mí tanto como yo lo estaba de ella.

-Yo sabía que, a veces, el futbolista salía con otras mujeres.

-Sí... salía con otras porque ya no soportaba que me tratase como un jarro, que me utilizara de cepillo y después me ignorara.

-Pero siempre volvía. Ninguna le daba el placer que le daba yo.

-Una tarde, mientras la enfermera fumaba y observaba cómo me desvestía, me decidí a hablarle.

-Me dijo que no debería ser tan seca, tan huraña. Que no tuviera miedo de mostrarme tal y como era... Que él no se aprovecharía de ninguna debilidad mía. Que si...

-Me mostraba esa ternura que escondía le querría aún mas... Muy enfadada **(Airada.)** me contestó que quién me creía yo para decirle lo que ella tenía que hacer y lo que no.

-Le dije que se sentara y lo abofeteé.

-Esa tarde disfruté más que nunca. **(Pausa.)** Pero el siguiente día que nos vimos ella no se mostró tan malcarada como de costumbre.

-Incluso fui tierna.

-Una noche estábamos en la cama. Yo estaba tan emocionado que me conmovía con cada gesto, con cada caricia... Era tal la ternura que no tenía ni ganas de follar.

-Nos bastaba con abrazarnos y decirnos que nos queríamos. No volví a tratarlo con desprecio nunca más.

-Estaba tan enamorada de mí que me lo decía por la mañana, por la tarde, por la noche...

-Le regalaba camisas, libros... Me entregaba siempre que él quería.

-Nos veíamos todos los días. Era ella quien llamaba, cada vez más. Y una noche me lo propuso.

-¿Quieres que vivamos juntos? **(Pausa.)** Me miró fríamente con la mirada vidriosa...

-¡Ni yo mismo entendía lo que me pasaba! Hasta ese instante yo hubiera dado mi pierna derecha porque ella me propusiese lo que acababa de proponerme.

-No lo volví a ver nunca más. Desde entonces me siento como en un cuento: Soy el sapo que espera el beso del príncipe.

(Se encuentran a la salida de sus respectivas consultas. Se miran, se reconocen y se besan.)

-María.

-Por fin has llegado.

-Siempre he sabido que te encontraría.

-Era como si este momento no fuera a llegar nunca.

-Pues ya ha llegado.

-Sí.

-¡Que bien! ¿No?

-¿Estás contento?

-Sí. ¿Y tú?

-Yo también, como en un cuento.

-En fin…

-Sí…

-Ya ves…

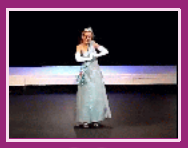
-Tanto esperar y de repente, plaf, ya está.

-Sí, ya está.

-Pues… Qué bien. ¿No?

-Sí. ¡Huy!, te he dejado una mancha de carmín.

LA MONARQUÍA



-Todo gracias a aquel zapato que perdí cuando tuve que irme del baile a toda prisa porque a las doce se acababa el hechizo. Siempre me ha maravillado que, sólo a mí, aquel zapato me calzase a la perfección, porque mi pie, un 36, no es en absoluto inusual y otras chicas de la población debían de tener la misma talla. Todavía recuerdo la expresión de asombro de mis dos hermanastras cuando vieron que era yo la que me casaba con el príncipe y unos años después, me convertía en la nueva reina.

-El rey ha sido un marido atento y fogoso. Ha sido una vida de ensueño hasta el día que descubrí una mancha de carmín en la camisa real. De que el rey tiene una amante no hay duda. Las manchas de carmín en las camisas siempre han sido prueba clara de adulterio. ¿Quién puede ser la amante de mi marido?¿Y por qué el rey se ha buscado una amante? ¿Acaso yo no lo satisfago suficientemente? ¿Quizá porque me niego a prácticas que considero perversas, sodomía y ducha dorada básicamente, él las busca fuera de casa? ¿Debo decirle que lo he descubierto o bien disimular, como es tradición entre las reinas, en casos así, para no poner en peligro la institución monárquica?

-De momento no le he dicho nada, me callo. Me callo, incluso, los días que no llega a la alcoba real hasta las ocho de la mañana, con ojeras de un palmo y oliendo a mujer. ¿Dónde se encontrarán? ¿En un hotel, en casa de ella, en el mismo palacio? Hay tantas habitaciones en este palacio, que fácilmente podría permitirse tener a la amante en cualquiera de las dependencias que desconozco. Tampoco digo nada cuando los contactos carnales que antes establecían con regularidad de metrónomo, noche sí, noche no, se van espaciando. Desde la última vez han pasado más de dos meses.

-En la habitación real, hay noches que lloro en silencio, ahora el rey ya no se acuesta nunca conmigo. La soledad me reseca. Hubiera preferido no ir nunca a aquel baile, o que aquel zapato hubiese calzado en el pie de cualquier otra mujer antes que en el mío. Hubiera preferido, incluso, que alguna de mis hermanastras calzara el 36 en vez del 40 y 41, números demasiado grandes para una muchacha.

(El rey aparece.)

-Buenas noches querida. No me esperes levantada volveré tarde. **(Sale.)**

-¿De qué me sirve ser reina si no tengo el amor del rey? Lo daría todo por ser la mujer con la cual el rey copula extra-conyugalmente. Prefiero mil veces protagonizar las noches de amor adúltero del monarca que yacer en el vacío del lecho conyugal. Antes querida que reina.

(Ella lo sigue. Lo sigue por pasillos que desconoce, por ignoradas alas del palacio, hacia estancias cuya existencia ni siquiera imaginaba. Finalmente se encierra en una habitación y ella se queda en el pasillo, a oscuras. Pronto oye voces. La de su marido, sin duda. Y la risa gallinácea de una mujer. Pero superpuesta a esa risa oye también la de otra mujer.)

-¿Está con dos?

(Poco a poco, procurando no hacer ruido, entreabre la puerta. Se echa en el suelo para que no la vean desde la cama; mete medio cuerpo en la habitación. La luz de los candelabros proyecta en las paredes las sombras de tres cuerpos que se acoplan. Le gustaría levantarse para ver quién está en la cama, porque las risas y los susurros no le permiten identificar a las mujeres. Desde donde está, echada en el suelo, no puede ver casi nada más; sólo, a los pies de la cama, tirados de cualquier manera, los zapatos de su marido y dos pares de zapatos de mujer, de tacón altísimo.)

-Unos negros del 40 y otros rojos del 41.

LA MICOLOGÍA

-Níscalos, rebozuelos, oronjas, agáricos…

-¿Qué hace usted en mi cama?

-Buenos días, buen hombre. Soy el gnomo de la suerte que nace de algunas amanitas cuando se desintegran. Eres un hombre afortunado. Sólo en una de cada cien mil amanitas hay un gnomo de la suerte. Formula un deseo y te lo concederé.

-Eso sólo pasa en los cuentos.

-No. También pasa en la realidad. Anda, formula un deseo y te lo concederé.

-No me lo puedo creer.

-Te lo creerás. Formula un deseo y verás como, pidas lo que pidas, aunque parezca inmenso o inalcanzable, te lo concederé.

-¿Cómo puedo pedirte algo si no consigo creer que haya gnomos que puedan concederme cualquier cosa que les pida?

-Tienes ante ti un hombrecito en calzoncillos, con gorro, gafas, bigote y un puro, flotando en tu cama, ¿y no te lo crees? Venga, formula un deseo.

-Nunca me habría imaginado en una situación así. ¿Qué pedir? ¿Riquezas? ¿Mujeres? ¿Salud? ¿Felicidad? ¿Fidelidad?

-Pide cosas tangibles. Nada de abstracciones. Si quieres riquezas, pide tal cantidad de oro, o un palacio, o una empresa de tales y cuales características. Si quieres mujeres, di cuáles en concreto. Si luego lo que pides te hace o no realmente feliz, es cosa tuya.

-¿Cosas tangibles? ¿Un *Range Rover*? ¿Una mansión? ¿Un yate? Bueno… y, ¿por qué no una compañía aérea? Pues, porque a mí no me gusta viajar. Y… ¿Sarita Montiel? **(Cara de desagrado del gnomo.)** Sara Montiel cuando tenía veinte años…. **(El gnomo pone cara de impaciencia.)**

No puedo esperar eternamente. Antes no te lo he dicho porque pensaba que no tardarías tanto, pero tenías cinco minutos para decidirte. Ya han pasado tres.

Así pues, sólo te quedan dos.

(El setero empieza a inquietarse. Debe decidir qué quiere y debe decidirlo enseguida.)

-Quiero...

-¿Qué quieres? Di.

-Es que elegir así, a toda prisa, es una barbaridad. En una ocasión como ésta, tal vez única en la vida, hace falta tiempo para decidirse. No se puede pedir lo primero que a uno le pase por la cabeza.

-Te queda un minuto y medio.

-Quizá, más que cosas, lo mejor sería pedir dinero: una cifra concreta. Mil billones de pesetas, por ejemplo. Con mil billones de pesetas podría tenerlo todo. ¿Y por qué no diez mil, o cien mil billones? O un trillón. No me decido por ninguna cifra porque, en realidad, en una situación como ésta, tan cargada de magia, pedir dinero me parece vulgar, poco sutil, nada ingenioso.

-Un minuto.

-¿Y si pidiera Poder?

-Treinta segundos.

-Ay… no sé…

-Quince segundos.

-¿El trillón, entonces? ¿O un millón de trillones? ¿Y un trillón de trillones?

-Cuatro segundos.

-Renuncio definitivamente al dinero. Un deseo tan excepcional como éste debe ser más sofisticado, más inteligente.

-Dos segundos. Di.

-Quiero otro gnomo como tú.

-Buenos días, buen hombre. Soy el gnomo de la suerte que nace de algunas amanitas cuando se desintegran. Eres un hombre afortunado. Sólo en una de cada cien mil amanitas hay un gnomo de la suerte. Formula un deseo y te lo concederé.

-Quiero otro gnomo como tú.

-Buenos días, buen hombre…

-Quiero otro gnomo como tú…

LA BELLA DURMIENTE

-He tenido un sueño magnífico:

Cabalgaba en un caballo blanco a través de un bosque y de repente, en medio de un claro, veo el cuerpo de una muchacha bellísima, que duerme sobre una litera hecha con ramas de roble y rodeada de flores de todos los colores. Desmonto rápidamente y me arrodillo a su lado. Le cojo una mano. Está fría. Tiene el rostro blanco como el de una muerta. Y los labios finos y amoratados. Consciente de mi papel en la historia, la beso con dulzura. De inmediato la muchacha abre los ojos, unos ojos grandes, almendrados y oscuros, y me mira: con una mirada de sorpresa que enseguida se tiñe de ternura. Sus labios van perdiendo el tono morado y, una vez recobrado el rojo de la vida, se abren en una sonrisa. Tiene unos dientes bellísimos. Sus mejillas ya han perdido la blancura de la muerte y son rosadas, sensuales, para morderlas.

Me incorporo y le alargo las manos, para que se coja a ellas y pueda levantarse. Y entonces, mientras la muchacha se incorpora, sin dejar de mirarme a los ojos, enamorada, me doy cuenta de que unos veinte o treinta metros más allá, antes de que el claro dé paso al bosque, hay otra muchacha dormida, tan bella como la que acabo de despertar, igualmente acostada en una litera de ramas de roble y rodeada de flores de todos los colores.

Programa de mano

Tanttaka Teatroa

Entrevistas

Volver

TANTTAKA TEATROA presenta

EL PORQUÉ DE LAS COSAS

de Quim Monzó

Dirección
Fernando Bernués
Mireia Gabilondo

Música en directo
Angel Unzu

BOLEROS

AMAR Y VIVIR	Consuelo Velázquez
CONTIGO APRENDÍ	A. Manzanero
QUISIERA AMARTE MENOS	Popular
QUE SABES TÚ	Marta Silva
ALEGRE PETICIÓN	Miguel Matamoros
TE QUIERO APASIONADAMENTE	Casas Augé / M. Parera
A NADIE	Liliana Felipe
USTED ES LA CULPABLE	G. Ruiz Gabrdo/J.A. Zorrilla Martínez
MALA	Liliana Felipe
POR EL AMOR DE UNA MUJER	Sony Marti - Danny Daniel
CONTIGO EN LA DISTANCIA	Narciso Portillo de la Luz
SE ME OLVIDÓ OTRA VEZ	J. Gabriel

KANTUAK

HORTXE DAGO KOXKA	Musika: Xabier Lete / Hitzak: Joxerra Garzia
ZURI IKASIA	Musika: Everly Brothers / Hitzak: Joxerra Garzia
EZ ZINTUZKET MAITE NAHI	Herrikoia / Itzulp.: Joxerra Garzia
HIK ZER DAKIK?	Marta Silva / Itzulp.: Joxerra Garzia
MAITA NAZAZU ZUK ERE	Miguel Matamoros / Itzulp.: Joxerra Garzia
EROTZERAINO MAITE	Casas Augé - M. Parera / Itzulp.: Joxerra Garzia
ZER DEN MAITASUNA!	Liliana Felipe / Itzulp.: Joxerra Garzia
MAITIA, NON ZIRA?	Herrikoia / Hitzak Joxerra Garziak moldatuak
HIREGATIK GAIZTO	Liliana Felipe / Itzulp.: Joxerra Garzia
ENE HASARREA	Imanol Larzabal / Hitzak, Koldo Izagirre
ZUREKIN URRUNTASUNEAN	Narciso Portillo de la Luz / Itzulp.: Joxerra Garzia
UME ZORO ALENA	Herrikoia / Hitzak Joxerra Garziak moldatuak

FICHA TÉCNICA

Autor:	Quim Monzó
Traducción castellano:	Marcelo Cohen
Adaptación teatral:	Fernando Bernués
Actores:	Ramón Agirre Ane Gabarain Elena Irureta Jose Ramón Soroiz
Música en directo:	Angel Unzu Pablo Moreno
Escenografía:	Fernando Bernués Edi Naudó
Vestuario:	Eli Elizondo
Iluminación:	Xabi Lozano
Música:	Angel Unzu
Dirección:	Fernando Bernués Mireia Gabilondo
Dirección técnica:	Edi Naudó
Técnico sonido:	Jaime Sagastibeltza
Técnico iluminación:	Alfredo Díaz
Regiduría y atrezzo:	Marian Garaiar
Diseño gráfico:	Javier López Altuna
Comunicación y coordinación gira:	Maite Arrese
Administración:	Maite Gorrotxategi Elena Loyarte
Ayudante producción:	Marian Garaiar
Producción ejecutiva:	Koro Etxeberria
Producción:	Tanttaka Teatroa, S.L.

Volver

Tanttaka Teatroa

TANTTAKA TEATROA comienza su actividad profesional en 1.983. A lo largo de todos estos años ha realizado 22 producciones de muy diferentes estilos, de manera que adapta el equipo artístico de la compañía a cada espectáculo, nunca en sentido contrario. Todos los espectáculos de Tanttaka Teatroa son al menos en dos versiones: euskera y castellano. Y En algunas ocasiones, también en catalán en coproducción con otras compañías afines como es el caso de *El florido Pensil* (coproducido con 3xtr3s) *y NOVECENTO, El pianista del océano* (en coproducción con Albena Produccions y 3xtr3s).

1983	*Hau bai nahastea*
1984	*Bi, baina non?*
	Tuerto a lo tuyo que rifan un ojo
1985	*Sírvase usted mismo*
1986	*Mujer frente al espejo*
1987	*Ondoloin*
1988	*Agur Eire agur*
1989	*Flaminio*
1989	*De profundis*
1990	*Peligro, te quiero*
1991	*Como Hansel y Gretel*
1991	*Zilbor Hestea*
1992	*Adagio violentíssimo*
1994	*Todas culpables*
1995	*Chiquilladas*
1996	*El florido pensil*
1997	*Todo Shakespeare (o casi)*
1998	*Dakota*
1998	*Jugando con papá*
1999	*NOVECENTO, El pianista del océano*
2000	*El porqué de las cosas*
2001	*Nacidos culpables*

Volver

ENTREVISTAS

Ane Gabarain

Elena Irureta

José Ramón Soroiz

Ramón Aguirre

Pablo Moreno

Volver

Entrevista a Ane Gabarain

Mi personaje

Conocía el texto

El relato y los boleros

Entretenida y elegante

Volver

Entrevista a Elena Irureta

Mi personaje

Como la vida misma

El texto es el mismo que el libro

Un montaje complicado

Volver

Entrevista a José Ramón Soroiz

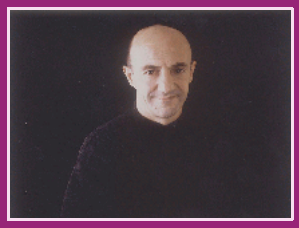
La obra y mi personaje

El tema de la obra

De la crudeza al humor

Volver

Entrevista a Ramón Aguirre



Diferencias con el libro

Servir al texto

No es una obra fácil

Volver

Entrevista a Pablo Moreno

En realidad es un musical

Volver

EL PORQUÉ DE LAS COSAS

No tengo qué ponerme

Volver

EL PORQUÉ DE LAS COSAS

Con el corazón en la mano

Volver

EL PORQUÉ DE LAS COSAS

Con el corazón en la mano

Volver

EL PORQUÉ DE LAS COSAS

¿Por qué las agujas de los relojes giran en el sentido de las agujas de los relojes?

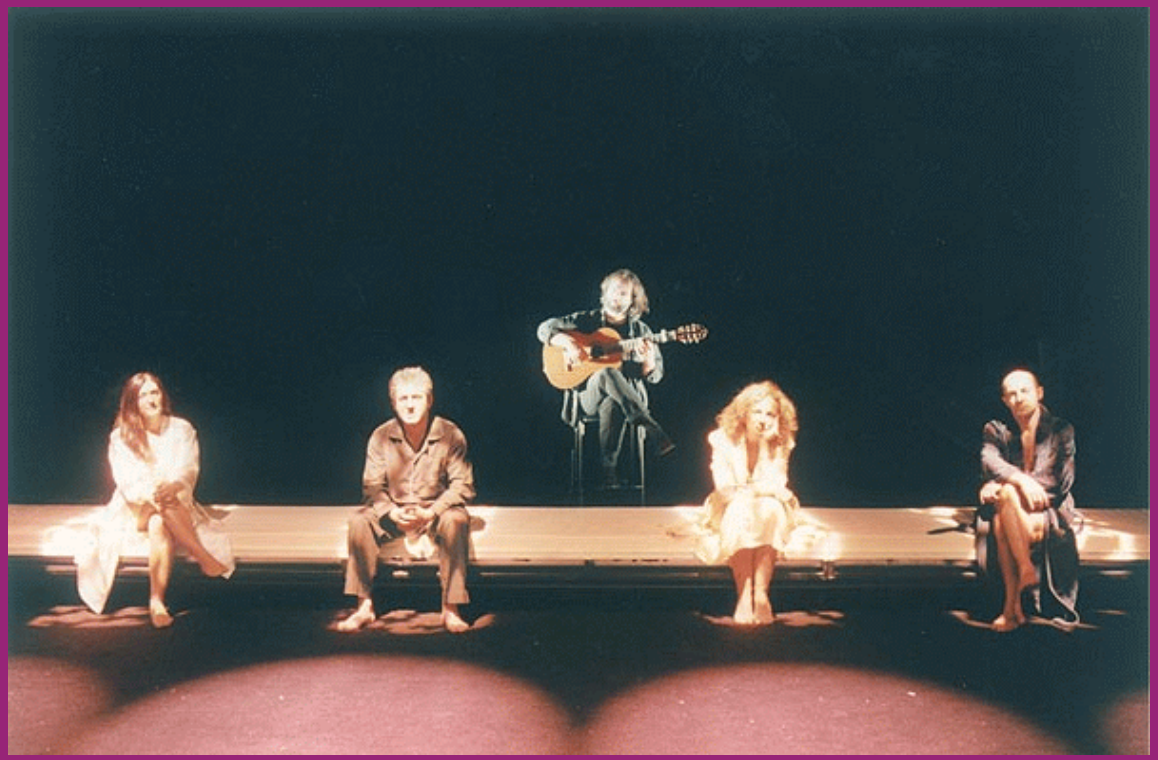
Volver

EL PORQUÉ DE LAS COSAS

¿Por qué las agujas de los relojes giran en el sentido de las agujas de los relojes?

Volver

EL PORQUÉ DE LAS COSAS



Entre las doce y la una

Volver

EL PORQUÉ DE LAS COSAS

No tengo qué ponerme

Volver

EL PORQUÉ DE LAS COSAS

La sumisión

Volver

EL PORQUÉ DE LAS COSAS

La inmolación

Volver

EL PORQUÉ DE LAS COSAS

Con el corazón en la mano

Volver

EL PORQUÉ DE LAS COSAS

Con el corazón en la mano

Volver